

Movimiento Estudiantil y Radicalización Política. La experiencia de los Grupos Revolucionarios Socialistas en Córdoba (1968/1973)*

Gabriel Montali**

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar la radicalización política de los estudiantes argentinos desde el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía hasta el retorno de la democracia en 1973. A tal fin, se realizará un recorte del Movimiento Estudiantil y se tomará como objeto de estudio la agrupación Grupos Revolucionarios Socialistas, surgida en 1968 a partir de una escisión del Movimiento de Liberación Nacional (MLN-MALENA), que alcanzó destacados niveles de inserción y desarrollo en la Universidad Nacional de Córdoba y que constituyó, además, el grupo fundador de la Organización Comunista Poder Obrero, una de las organizaciones político militares más importantes de aquella época detrás de Montoneros y el PRT-ERP. El propósito del recorte será observar en un grupo específico, y poco estudiado, el impacto del golpe militar, las tensiones en el Movimiento Estudiantil entre posiciones reformistas y revolucionarias, las nuevas formas y modalidades de acción política, el encuentro entre estudiantes y obreros en el Cordobazo, el paso a la lucha armada y la relevancia de los movimientos estudiantiles como actor protagónico del período tanto en Latinoamérica como en el resto del mundo.

Palabras Claves

Radicalización política, movimiento estudiantil, reformismo, revolución.

* Ante la falta de documentación existente sobre el grupo a trabajar, resultarán fundamentales los testimonios de sus integrantes, que el autor ha recogido realizando entrevistas y consultando la tesis de maestría de Ana Mohaded, en la que se aborda la experiencia de la agrupación.

** El autor es Licenciado en Comunicación Social, Master en Creación Literaria y doctorando en Estudios Sociales de América Latina por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba gabrielmontali@hotmail.com

Movimiento Estudiantil y Radicalización Política. La experiencia de los Grupos Revolucionarios Socialistas en Córdoba (1968/1973)*

Introducción

El presente trabajo tiene un doble objetivo: analizar el proceso de radicalización política que vivieron los estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) entre 1966 y 1973, e indagar el desempeño en ese proceso de los Grupos Revolucionarios Socialistas, agrupación surgida en 1968 a partir de una escisión del movimiento de Liberación Nacional (MLN, también conocido como *Malena*), que operó como brazo estudiantil del grupo El Obrero y alcanzó una inserción importante en distintas facultades y escuelas de la UNC.

El propósito del recorte será observar en un grupo específico, y poco estudiado, el impacto del golpe militar de 1966; las tensiones al interior del movimiento estudiantil entre posiciones reformistas¹ y revolucionarias; los cambios en las formas y modalidades de acción política a raíz de la lucha contra las medidas de los gobiernos de facto; el encuentro entre estudiantes y obreros en el Cordobazo y la discusión y el desarrollo de repertorios de lucha armada a principios de la década de 1970.

Finalmente, este trabajo tiene lugar en el marco de una investigación más extensa cuyo objeto de estudio es la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO), una de las agrupaciones más importantes de aquella época, detrás de Montoneros y el PRT-ERP, que fue fundada en 1974 a raíz de la confluencia de El Obrero-GRS y otros grupos de tendencia socialista revolucionaria.

1. Antecedentes

Cuando a finales de junio de 1966, tras derrocar al gobierno de Arturo Illia, Juan Carlos Onganía asumió la presidencia de la Nación, la Argentina ya era una sociedad atravesada por tensiones difíciles de conciliar. A la sucesión de golpes de Estado y políticas represivas se sumaba ahora el impacto de una serie de acontecimientos que incrementarían el

* Ante la falta de documentación existente sobre el grupo a trabajar, resultarán fundamentales los testimonios de sus integrantes, que el autor ha recogido realizando entrevistas y consultando la tesis de maestría de Ana Mohaded, en la que se aborda la experiencia de la agrupación.

¹ En este trabajo, los términos “reformismo” o “reformista” harán referencia los valores, ideales y a la idea de universidad que caracterizó al movimiento de la Reforma Universitaria de 1918.

descrédito en la legitimidad de los procesos electorales (De Riz, 2000), agudizando los conflictos y dificultando la canalización de los mismos por la vía democrática. En tal sentido, lo que comúnmente se denomina *radicalización política* hace referencia a una concepción particular de la política caracterizada por el compromiso absoluto y la militancia integral, es decir, como miembro de un partido que lucha para tomar el poder y producir un cambio radical en la sociedad (Ollier, 1998); por la permanente posición crítica frente al orden social y económico y en muchos casos, no en todos, por la adopción de la violencia, ya sea insurreccional o armada, como medio legítimo de transformación del orden establecido (Ollier, 1998). Esta “lógica de la radicalización” que marcó los repertorios de acción política de diversos sectores sociales, gestando la confluencia de una fracción importante de la elite intelectual con segmentos de la clase obrera y las capas medias urbanas (especialmente las generaciones más jóvenes), encontró en el campo universitario uno de sus escenarios más destacados. En efecto, no solo los estudiantes constituyeron el epicentro de la resistencia contra el golpe de Estado de 1966, sino que la universidad misma se convirtió en una plataforma desde la cual se podía contribuir al cambio social, acercando la ciencia a la realidad nacional y colocando las instituciones educativas al servicio de las luchas populares.

1.1 La crisis del *reformismo* entre golpe y golpe.

Si bien los estudiantes habían respaldado a la “Revolución Libertadora” en 1955, la alianza entre éstos y los sectores que derrocaron a Juan Domingo Perón se rompió poco tiempo después. En primer lugar, la recuperación de los valores e ideales heredados de la reforma universitaria, a saber: laicismo, gobierno tripartito (estudiantes, docentes y graduados), extensión y libertad de cátedra (Krotsch: 2002, Califa: 2007), se vio empañada por el intento del régimen de aprobar una ley que habilitaba a las universidades privadas a expedir títulos habilitantes². Además, para esa fecha comienza a profundizarse un cambio de perspectiva por parte de un sector no menor del estudiantado en relación al peronismo. En parte debido a la *angustia* con que muchos universitarios habían vivido el hecho de que su oposición al gobierno los colocara en una situación de enfrentamiento político con el grueso de los trabajadores” (Blanco y Tortti, 2007: 89)³. Pero también a raíz de las

² Reglamentada en 1958 durante el gobierno de Arturo Frondizi, cuya decisión desatará el conflicto conocido como *Laica* o *Libre* que constituye un antecedente central para comprender la radicalización estudiantil de los años sesenta (Bonavena y Millán, 2012).

³ Claro ejemplo de esta coyuntura, y además pertinente por la relación de algunos de sus referentes, sobre todo Ismael Viñas, con el surgimiento de los GRS, es el de la revista *Contorno* (1953-1959), cuyas páginas delinearon los rasgos típicos de la nueva elite intelectual, es decir: la retórica juvenil y la idea de nueva generación como marca identitaria; la crítica permanente al orden establecido y a las opciones tradicionales de representación política; la decisión de pensar las contradicciones y los fenómenos políticos de la época por fuera de las estructuras partidarias y la rebeldía contra sus predecesores por no haber sabido comprender al peronismo (Ponza, 2010). Así lo hacía notar Ismael

políticas antiobreras y antiperonistas que apicaron los *libertadores*, a las que le siguieron otros sacudones políticos que obligarían a los universitarios a tomar posiciones.

En tal sentido, el triunfo de la revolución cubana (1959) y de distintos movimientos de liberación en África y Asia; el apogeo de nuevas corrientes de pensamiento, como el existencialismo sartreano y el marxismo humanista de Antonio Gramsci, que instaban a los intelectuales a desempeñar una función social que trascendiera sus actividades específicas, y la crisis de los dos sistemas doctrinarios más importantes de la época: el marxismo, a partir del XX y XXII Congreso del Partido Comunista (1956 y 1959), y el cristianismo, debido a las novedosas reflexiones teológicas, pastorales y litúrgicas promovidas por el Concilio Vaticano II (1962-1965), hicieron imposible pensar la democracia únicamente en términos políticos institucionales. “Los procesos democratizadores, más allá de la forma que adoptaran, comenzaron a plantear un sentido liberador de los pueblos frente a los restos del colonialismo, de los oprimidos frente a los opresores” (Gordillo, 2013: 231). Un sentido reparador de las desigualdades sociales, que cuestionaba las jerarquías establecidas y pensaba la libertad en términos colectivos.

El impulso de los nuevos tiempos daría origen a un nuevo prototipo de intelectual, que abandonaría progresivamente el reformismo liberal para pasar a identificarse con ideales nacionalistas, antiimperialistas y revolucionarios.

En consecuencia, para una fracción no menor del estudiantado, la lucha por demandas de cogobierno se hará extensiva a la lucha por la democratización del conjunto de la sociedad. Y será justamente esa doble orientación, hacia reivindicaciones estrictamente universitarias y hacia reivindicaciones sociales-populares, lo que hará posible el encuentro entre estudiantes y obreros en el Cordobazo.

1.2. Los estudiantes y el golpe de 1966.

Todo movimiento supone cierto nivel de desarrollo. En tal sentido, es la capacidad de organización y movilización lo que hace de un grupo de personas un *movimiento*. Pero, a su vez, para expresarnos en estos términos resulta necesario que esas prácticas colectivas gocen de determinada “escala social o grado de masividad, unidad o coherencia internas en términos de interés o intereses compartidos, objetivo u objetivos comunes, actividades continuadas y un sentido de pertenencia o identidad de sus integrantes” (Bonavena y Millán, 2012: 106). De lo contrario, en nuestro caso, es decir, en el mundo universitario,

Viñas en “La tradición de los hombres honestos”, uno de los artículos del primer número de la revista: “El momento porque atravesamos, de confusión y remoción [...] agrava nuestro desconcierto y nuestra sensación de culpa. Sentimos que de algún modo somos culpables por lo que los representantes del intelecto, por lo que los hombres del espíritu no han hecho [...] No son indignaciones catonianas, no es pavor farisaico lo que sentimos; es rebeldía” (Contorno, 1953: 3).

bien podemos hablar de frentes, centros o agrupaciones, pero no de *movimiento estudiantil*, pues la existencia de estudiantes no constituye su sinónimo. Ni tampoco determina, la simple situación de estudiantes, los rasgos dicho movimiento. Como afirman Pablo Bonavena y Mariano Millán, para comprender este fenómeno es preciso analizar “el lugar que ocupan sus tradiciones políticas y, fundamentalmente, los enfrentamientos concretos en los que participan los estudiantes. En primer lugar, porque las tradiciones políticas incluyen elementos que abarcan desde la ideología hasta las organizaciones políticas concretas. En segundo lugar, debido a que los enfrentamientos son el terreno donde se conforman con mayor solidez los grupos de estudiantiles, se definen los enemigos, se actualizan los problemas que el movimiento considera centrales para la vida universitaria, se modifican y/o crean y/o destruyen formas organizativas, al tiempo que también constituyen el momento donde se continúan y crean formas de lucha” (Bonavena y Millán, 2012: 107). En definitiva, los movimientos estudiantiles, como todo movimiento social, surgen a partir de la confluencia de sus actores en torno a objetivos o aspiraciones comunes que los llevan a hacer frente a las autoridades. Es justamente en esa unión donde reside su poder. Como dijo Sidney Tarrow, la base de estos fenómenos es la “acción colectiva contenciosa [...] Crear, coordinar y mantener esta interacción es la contribución específica de los movimientos sociales” (Tarrow, 1998: 17).

En 1966, las distintas tendencias del estudiantado se unificaron en su rechazo a un nuevo gobierno militar que consideraba a las universidades un reducto de subversión marxista. Tal como afirma María Cristina Tortti: “A lo largo de dicho proceso es posible observar que, un lenguaje compartido y un común estilo político, fueron dando cierta unidad ‘de hecho’ a grupos provenientes del peronismo, de la izquierda, del nacionalismo y de sectores católicos ligados a la teología de la liberación” (Tortti, 1999: 221). Paradójicamente, el gobierno de Onganía había hecho más por una politización real del estudiantado que los 50 años de reforma.

Es así que, entre sus primeras decisiones, las nuevas autoridades sancionaron la ley nacional N° 16.912 y más tarde de la denominada Ley Universitaria N° 17.215, que implicaron la supresión de la autonomía, el fin del gobierno tripartito y la prohibición de todo tipo de actividad política.

Pero el anacrónico autoritarismo militar no se restringió únicamente a las casas de estudio. Los golpistas, además, cerraron el Congreso y las legislaturas provinciales; clausuraron y disolvieron los partidos políticos y establecieron fuertes limitaciones a las garantías públicas, llegando, por ejemplo, a otorgar potestad a las fuerzas policiales para realizar detenciones y allanamientos sin previa orden judicial.

1.3. La situación en Córdoba.

El proceso de modernización, crecimiento económico y movilidad territorial y social ascendente que atravesaba el país desde finales de los años '50, en parte producto de las transformaciones operadas por el peronismo en la etapa previa, complejizó la estructura de la sociedad argentina.

En el caso concreto de Córdoba, la ciudad creció notablemente al compás de la radicación de las empresas transnacionales automotrices Fiat e IKA, instaladas entre 1955 y 1956. Junto con ello se fueron conformando nuevos actores sociales que darían lugar a un particular sindicalismo: combativo, disciplinado, antiburocrático y autónomo de las dirigencias nacionales. Al mismo tiempo, la modernización económica, originada en la radicación de esas industrias de punta, fue acompañada por una importante migración de jóvenes y estudiantes a la ciudad, lo que produjo a su vez un crecimiento urbano sostenido (Gordillo, 2013).

La *visibilidad* del crecimiento de la industria automotriz jugaría un papel importante en los acontecimientos posteriores a 1966. El cinturón industrial y las centrales de los sindicatos más importantes eran accesibles a los activistas universitarios a efectos de propaganda y coordinación de acciones. Por otra parte, la circulación sindical en el casco céntrico repercutía de inmediato en la vida cotidiana de la ciudad y facilitaba la participación estudiantil en las manifestaciones.

Estudiantes y obreros compartían, además, una categoría romántica y regeneradora: la *juventud*. Estos últimos eran “jóvenes” en una doble acepción: como tal, pues su constitución como sujeto social se había gestado en la década anterior, y por la edad de gran parte de sus integrantes: “Hecho cargado de significación política potencial: la experiencia no pesaba demasiado, cierto tipo de conciencia política cristalizada tampoco, los prejuicios respecto de los estudiantes eran menores y la capacidad de diálogo con ellos, también *jóvenes*, se acrecentaba significativamente” (Crespo y Alzogaray, 1994: 78)⁴.

Una vez más, tal como había ocurrido en 1955 con el cambio de posición de los estudiantes respecto al peronismo, el despotismo militar acabará decantando un proceso en ciernes. Lo particular del caso será la extensión del repudio al autoritarismo del régimen se extendió al repudio del autoritarismo en todas sus formas, impronta que no marginó a las organizaciones gremiales y estudiantiles, que acusaron el impacto. En efecto, para la fecha del golpe, los encuadramientos universitarios tradicionales soportaban una profunda crisis originada en la reorientación de las luchas estudiantiles, que, como hemos dicho, fueron incorporando a lo reivindicativo distintos reclamos exteriores a las casas de estudio (Delich, 1994; Gordillo, 2013). Así fue que, sumada a la amenaza policial la necesidad de canalizar

⁴ Otra característica que vale la pena mencionar, aunque en esto no nos detendremos aquí, fue el surgimiento en aquella época del *estudiante-trabajador*. Para un análisis profundo de este fenómeno consultar Crespo, Horacio y Alzogaray, Dardo 1994 (1994) “Los estudiantes del Mayo cordobés”, en Estudios (Córdoba) N 4°.

esa pérdida de representación, comenzaron a constituirse distintas agrupaciones clandestinas y semiclandestinas, de las más diversas composiciones y propuestas, signadas por la crítica al reformismo y el apartamiento de las clásicas funciones gremiales del movimiento estudiantil, y orientadas hacia una transformación revolucionaria de la sociedad. Éstas agrupaciones, se diferenciaban según sus consideraciones acerca del carácter que adoptaría la revolución, sus actores, el tipo de organización política a construir como herramienta revolucionaria, la práctica de la violencia y sus posibles formas (urbanas o rurales, insurreccionales o foquistas) y el papel de los sindicatos y las estrategias para “recuperarlos” de la llamada “burocracia sindical”.

En cuanto a la universidad, la principal divergencia estribaba en si ésta constituía un campo de lucha específico, en el que cabía distanciarse del reformismo y ganar a la mayoría de los estudiantes para una alianza con obreros y eventualmente otros sectores sociales en marcha hacia el proceso revolucionario. O si simplemente la lucha estudiantil era un terreno apto para el reclutamiento de militantes y cuadros políticos que se integrarían a las organizaciones revolucionarias extrauniversitarias (Crespo y Alzogaray, 1994).

2.1 Los Grupos Revolucionarios Socialistas.

En 1968, un grupo de estudiantes cordobeses rompe con el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), cuyo referente era Ismael Viñas⁵, fundan los Grupos Revolucionarios Socialistas (GRS) y, poco tiempo después, se transforman en el brazo estudiantil de la agrupación El Obrero (fundada también ese mismo año) con la cual tenían militantes en común.

Además de una importante experiencia en el ámbito de la militancia universitaria, que el grupo de Viñas desarrollaba desde la Agrupación Universitaria de Liberación (AUL), destacada protagonista de las jornadas de protesta contra el golpe en 1966, los GRS continúan la línea del MLN en varios aspectos. Para empezar, concebían al campo sindical como un espacio más de lucha, en el cual la conquista de reivindicaciones inmediatas es inseparable de la preparación ideológica y política de la clase obrera para el proceso revolucionario. Por otra parte, tenían una actitud absolutamente desprejuiciada con respecto a lo que ciertos sectores del marxismo consideraban como “verdades intocables”. Ese rasgo los alejaba de los dogmatismos o sectarismos que caracterizaban a otros grupos de la época,

⁵ El MLN fue una agrupación que desarrolló una propuesta política antiimperialista enmarcada en la consigna “liberación nacional y social”. En los aspectos relacionados a la lucha armada, criticaba tanto al foquismo como a los partidos pacifistas, pues consideraba que la lucha por el poder en nuestro país debía darse a través de una insurrección dirigida por una organización política de masas. Surgió a comienzos de 1960 y se fragmentó en distintas agrupaciones en 1969. Además de Ismael Viñas, otros de sus referentes fueron Susana Fiorito y Ramón Alcalde, todos miembros y fundadores de Contorno (Pacheco, 2010).

a punto tal que incluso cuestionaban los modos de conformar la dirección revolucionaria y hasta el hecho mismo de que esta constituyera un “partido”, mucho menos que fuera “el único” (Mohaded, 2009).

Al respecto, Juan Iturburu, uno de los fundadores del grupo, afirma: “Hay varias cosas del *Malena* que nos marcan: ser una organización revolucionaria y no partido revolucionario [...] El otro aspecto que heredamos del *Malena* es la apertura teórica, no quedar encapsulados” (Juan Iturburu en *Obra Colectiva*, 2009: 223). En la misma dirección se expresa Dardo Castro, otro de los primeros integrantes de El Obrero-GRS: “No había una dirección encerrada, pensando y elaborando. La línea política era una elaboración colectiva, en la que los compañeros de base de los distintos frentes tenían una participación decisiva [Por otra parte] a diferencia del resto de la izquierda, jamás nos erigimos en el partido de la revolución, ya que pensábamos que éste sería el fruto de una amalgama de agrupaciones marxistas y del peronismo revolucionario que confluiríamos en el curso de la toma del poder” (Dardo Castro en *Obra Colectiva*, 2009: 198).

La no dependencia de programas o *recetas previas* también repercutía en la discusión sobre la lucha armada. En primer lugar, el grupo rechazaba la propuesta de guerrilla rural que había marcado el triunfo de la revolución cubana, pues caracterizaban a la Argentina como un país en el cual el capitalismo se había desarrollado completamente, al igual que la clase obrera, que vivía predominantemente en las ciudades. En segundo lugar, si bien para ellos la lucha revolucionaria tenía un carácter ineludiblemente violento, consideraban que la violencia debía acompañar la maduración tanto de la organización política como de las masas, que no había que llevar adelante las acciones con independencia de los organismos de poder del proletariado y que el aparato encargado de realizarlas debía ser tan importante dentro de la organización como el resto de los frentes que la componían (Castro e Iturburu, 2001; Mohaded, 2009). En tal sentido, muchos integrantes de El Obrero-GRS recuerdan las críticas que hacían a Montoneros y el PRT-ERP “por el militarismo con que afrontaban las cuestiones” (Laura Vilte en entrevista con el autor). A tal punto que podría afirmarse que el grupo tendía a considerar la lucha armada no como una estrategia en sí misma, postura que constituía el rasgo distintivo de las tendencias más *aparatistas*, sino más bien como una táctica dentro de una estrategia que dispone de otras tantas y no privilegia ninguna, sino que va definiendo las formas de acción de acuerdo a lo que dicta la coyuntura.⁶

En línea con estos planteos, el grupo interpreta que el país no transita una situación revolucionaria, sino que se encuentra atravesando una etapa previa, de carácter *prerrevolucionario*. Por lo tanto, consideran que la tarea inmediata de las organizaciones no

⁶ Pese a que no abordaremos esta cuestión en el presente trabajo, cabe destacar que esto no impedirá el surgimiento de tendencias militaristas dentro del grupo. Las mismas ganarán adhesiones en la etapa previa al golpe de Estado de 1976, una vez que El Obrero-GRS ya formen parte de la Organización Comunista Poder Obrero.

debía ser la formación y el entrenamiento de cuadros militares, sino de cuadros políticos profesionales capaces de insertarse con éxito en los frentes de masas.

Dichas consideraciones también continuaban la línea del MLN, que ya en 1964, en un artículo sobre la violencia política publicado en la revista *Liberación*, órgano del grupo, sostenía que “la violencia armada, por sí misma, no engendra, no da nacimiento al proceso revolucionario [...] en niveles anteriores al de la disputa por el poder no es más que parte del proceso revolucionario [...] En este momento debe estar al servicio de la política revolucionaria, no al revés [...] En tal sentido, la violencia armada, tiene igual jerarquía que la propaganda, la difusión ideológica y otros medios de agitación (fragmento del artículo “La acción violenta en una política revolucionaria”, citado en Pacheco, 2010).

Otro aspecto de aquella experiencia que continúa en los GRS es la apertura hacia el peronismo y su revalorización para el triunfo de un proyecto de transformación radical de la sociedad. Es así que compartían la reformulación del vínculo entre izquierda y peronismo que los referentes del MLN habían comenzado a desarrollar ya en tiempos de la revista *Contorno*, el cual planteaba una mirada diferente, precursora en diversos aspectos, respecto de aquella que había caracterizado a las corrientes históricas del marxismo y el socialismo en la Argentina (Mohaded, 2009). No obstante, en la etapa primigenia de los GRS, dicha postura no estaba exenta de contradicciones: “El Obrero-GRS tenía una forma no gorila de concebir el peronismo, pero no dejaba de tener posiciones esquemáticas, características a la izquierda de la época” (Eduardo Carbel, integrante de El Obrero-GRS, en entrevista con el autor). Las mismas estallarán durante las elecciones de 1973: “[hasta ese momento] cristalizábamos la posición izquierdista: que el proceso electoral era de coacción y envilecimiento del movimiento popular por parte de la gran burguesía” (Juan Iturburu en Mohaded, 2009: 56). La decisión del grupo de llamar al “boicot” del proceso electoral y su propuesta de “voto repudio”, desataron una aguda crisis en sus filas luego del triunfo de Héctor Cámpora, que superarán tras un período de reflexión y debate que desembocó en la consideración del peronismo como una fracción significativa y hasta dominante en el proceso revolucionario (Mohaded, 2009).

No obstante, había diferencias con el agrupamiento de Viñas. Las mismas fueron incrementándose durante el gobierno de facto de Onganía y estaban relacionadas, fundamentalmente, con dos cuestiones. Por un lado, la pobre inserción del MLN en la clase obrera: “El *Malena* seguía en crisis, sin despegar, y su acumulación en el movimiento sindical era prácticamente insignificante [...] su planteo sobre el rol de vanguardia del movimiento obrero era meramente discursivo y no tenía correspondencia con la línea de masas” (Juan Iturburu en *Obra Colectiva*, 2009: 215). Más allá de las cuestiones teóricas, también resultó determinante la creciente efervescencia de los obreros cordobeses a lo largo del período: “Hay un marco, que fue la visión de la posibilidad de quebrar a la dictadura, bajando directamente a Onganía, que fue algo que los obreros pusieron en la calle durante el Cordobazo [...] Había que estar muy metido en un frasco para no darse cuenta. Las

manifestaciones se hacían en el centro. Los sindicatos estaban en el centro. Eran parte del paisaje de la ciudad. [Por lo tanto] No podías existir como agrupación de izquierda si no tenías algún anclaje en el movimiento obrero, algún proceso de proletarización” (Ángel Stival, militante de AUL y GRS en entrevista con el autor).

En segundo lugar, la ruptura con el MLN se produce debido a diferencias político ideológicas con la organización. Para entonces, los futuros fundadores de los GRS comenzaban a retomar los textos del marxismo clásico desde una posición crítica con el estalinismo y algunas tesis del trotskismo. Influidos por Antonio Gramsci, por los documentos de la Tercera Internacional Comunista (1919/1943), por Theotonio Dos Santos y la Teoría de la Dependencia y por distintos autores que comenzaron a editarse en la Argentina a finales de los '60, como Rosa Luxemburgo o los vietnamitas Le Duan y Giap, adscribirán al “socialismo revolucionario”, abandonando la propuesta de “liberación nacional y social” que sostenían el MLN y otras agrupaciones de la época: “En el '69 y '70, cuando el movimiento obrero se instala como el actor excluyente del proceso revolucionario, integramos la comprensión del carácter socialista, que cambiaba las consignas programáticas de la etapa. ¿Cuál era la propuesta anterior?: un proceso de nacionalización. Pero cuando se asume que la revolución es socialista a eso hay que darle otra fuerza, es decir: ¡Miren! ¡Acá la nacionalización es socialismo! ¿Por qué? Porque las grandes empresas están en manos del Estado, lo que se debe hacer ahora es que ese Estado pertenezca al proletariado, y que el control de las empresas nacionalizadas pase a manos de los trabajadores. Eso es socialismo. Ya no es nacionalización no es una lucha meramente antiimperialista. Eso es lo que entramos a descular con el aporte del GRS que dice: acá el Estado es capitalista dependiente, con un componente industrial dominante” (Juan Iturburu en *Obra Colectiva*, 2009: 54y 55).

La adhesión a esa categoría política implicaba, por lo tanto, la definición de una estrategia revolucionaria particular, que, sumada a la reticencia de los integrantes a asumir la condición de “partido”, asignaba al concepto y al papel de la vanguardia un significado que difería tanto del elaborado por los grupos foquistas, como de aquél que caracterizaba a las corrientes históricas de la izquierda argentina: “planteábamos la estrategia de Guerra Civil Revolucionaria. Por entonces, grupos como el PCR o Vanguardia Comunista levantaban la consigna ‘Ni golpe ni elección, insurrección’. Es decir, un llamamiento a que las masas se levanten y tomen el poder. Sin preparación militar, sin cuadros de oficiales fogueados y con conocimientos específicos. Pero sobre todo sin una situación de doble poder: el del proletariado y el de la burguesía, enfrentándose mortalmente. Nosotros sosteníamos que los destacamentos revolucionarios tenían que prepararse para esa situación. Y el concepto de Guerra Civil Revolucionaria implicaba una preparación militar previa de los destacamentos revolucionarios, incorporando crecientemente a la vanguardia proletaria en la lucha armada [...] Se trataba de poner esas tareas en manos de los propios obreros (Dardo Castro en *Obra Colectiva*, 2009: 189 y 190).

2.2 De la ruptura con el MLN al Cordobazo

En los primeros tiempos, los GRS fueron uno de los tantos grupos de estudio que entre mediados y finales de la década de 1960 se constituyeron en el primer escalón de ingreso al nuevo activismo universitario, organizando actividades que consistían más que nada en debates sobre política, a veces con representantes gremiales o de distintas agrupaciones estudiantiles. En tal sentido, básicamente operaban al estilo de un grupo de base y su trabajo se orientaba más hacia la movilización del estudiantado que al engorde de la organización. Ésta fue una modalidad típica de un momento en el que la crisis de los agrupamientos universitarios tradicionales y la consiguiente desconfianza de los estudiantes hacia cualquier tipo de autoridad vertical, originada en el rechazo de todo aquello que pudiera comportar un sesgo autoritario, dieron lugar al surgimiento de distintas formas de representación inmediata, como por ejemplo los delegados por curso, que en las asambleas generales debían expresar los mandatos de sus compañeros sin incluir acotaciones políticas partidarias o de tendencias (Crespo y Alzogaray, 1994).

Desde su nacimiento el grupo considera superada la discusión entre reforma y revolución, encaminando sus planteos hacia la lucha por una transformación integral de la sociedad que incorporaba a la universidad como plataforma de acción: “Nosotros discutíamos cuál debía ser el rol del estudiantado en el cambio social, es decir, nos preguntábamos: ‘¿qué es lo que debe hacer un estudiante de arquitectura?, ¿estudiar cómo construir una casa, o estudiar cómo, desde su profesión, puede contribuir a resolver el problema habitacional en la argentina?’. Nuestro objetivo era que los estudiantes dejaran de pensar en recibirse para incorporarse al sistema burgués” (Carlos Ahrensburg, militante de El Obrero-GRS, en entrevista con el autor). En esa misma dirección: “Proponíamos formas organizativas que permitieran la confluencia o la posibilidad de concretar actividades con los gremios desde la universidad [...] creíamos que lo que había que hacer era darle a los trabajadores una presencia importante en las decisiones de contenido [...] No sé si planteado en estos términos, pero quizás [proponíamos] democratizar los espacios de poder” (Ángel Stival en entrevista con el autor).

Esta clase de cuestionamientos apuntaban a una contestación global del sistema de enseñanza, al que entendían como el principal vehículo de reproducción ideológica del sistema capitalista. Para ellos: “La universidad aparecía entonces ya no como una institución específica, con su problemática acotada, sino como parte del aparato del Estado de clases y como instrumento calificado de dominación capitalista; y la crítica a la misma y

su modificación como una instancia de una lucha más general contra el ordenamiento global de la sociedad” (Crespo y Alzogaray, 1994: 85y 86)⁷.

Otra forma de lucha característica de la época que también practicaron los GRS fue el asambleísmo: “concretamente funcionábamos a través de asambleas en las que participaban estudiantes, docentes y [en menor medida] no docentes, que trataban los grandes temas. Yo formé parte de una comisión en la Escuela de Historia [que consiguió] desplazar a las autoridades nombradas por la universidad. Pero además logramos modificar los planes de estudio y hacíamos cátedras paralelas a las cátedras que nos parecía que tenían signo político incorrecto. Todo eso a partir de esa estructura asambleística, que era como una democracia ateniense” (Ángel Stival en entrevista con el autor).

Por otra parte, en el momento en el que el grupo se funda comienzan a ganar importancia las actividades insurreccionales: “La violencia, en realidad, nosotros la ejercíamos de una manera embrionaria. No andábamos armados. Sí andábamos con bombas molotov y con elementos de contención como cadenas o fierros. Era un tiempo en el que hacíamos muchas actividades: organizábamos conferencias con intelectuales como Silvio Frondizi o el mismo Ismael [Viñas]; íbamos casa por casa y la gente nos donaba los elementos con los que hacíamos hoyas populares en las que comíamos todos, porque los milicos habían cerrado el comedor universitario a raíz de que era lugar de encuentros políticos. También hacíamos actos relámpago, que era la forma de difundir que estábamos en conflicto, y que consistían en que uno se ponía a dar un discurso mientras los demás volanteábamos hasta que sentíamos las sirenas y todo el mundo rajaba, menos nosotros, que nos quedábamos a tirarle cosas a la policía” (Ángel Stival en entrevista con el autor).

Como hemos dicho, el Cordobazo será el acontecimiento que acelere el desarrollo de repertorios de lucha armada. Pero en el caso de los GRS, aquella gesta impacta además de otra manera en la organización. A partir del “mayo cordobés”, los GRS consolidan el lazo con el grupo El Obrero y la mayoría de sus integrantes se “proletarizan”.

2.3 De la universidad a la fábrica, 1970-1973.

El comienzo de la nueva década trajo una noticia inesperada para el ámbito estudiantil cordobés. Decidido a evitar aglomeraciones estudiantiles, el gobierno de facto aprobó la aplicación de exámenes de ingreso en la UNC. Ante la medida, las agrupaciones reformistas que integraban la Federación Universitaria de Córdoba (FUC) decidieron dictar

⁷ Este tipo de planteos se desarrollaron en todo el país en el marco de experiencias que les daban sentido, como el Taller Total de Arquitectura en Córdoba, las Cátedras Nacionales en Buenos Aires y el manifiesto de la Escuela de Cine de Santa Fe.

cursos de apoyo a los ingresantes en la sede del sindicato de Luz y Fuerza. Como es comprensible, tal posición implicaba una aceptación de la legitimidad de las pruebas, lo cual generó disputas al interior del movimiento estudiantil que pronto perdieron intensidad debido a la masividad de la asistencia a los talleres. No obstante, una vez más se impondría una novedosa forma de democracia directa: los “cuerpos de delegados”, que relegaría a los centros, federaciones y agrupaciones en la lucha por la representación estudiantil (Bonavena, 2012).

Los GRS tendrían un importante protagonismo en este nuevo enfrentamiento con la dictadura. Para ese entonces el grupo había conformado un frente denominado Izquierda Socialista con otras dos agrupaciones: “[La] Línea de Acción Popular (LAP), de orientación populista y también originada en el MLN, y los Círculos Universitarios de Militantes Socialistas (CUMS), que era el más pequeño de los tres y pertenecía a Tendencia Comunista⁸. En esa alianza, Los CUMS, que en términos de la época eran un grupo ultraizquierdista y tenían mucho peso en Ciencias Económicas e Ingeniería, ponen la ideología, los GRS la política y la LAP, que era el grupo más numeroso, y también el más fuerte políticamente de los tres, era el que ponía la gente. Entre el año ‘71 y el ‘72, esos tres grupos hegemonizan la militancia universitaria, llegando a tener alrededor de 200 militantes” (Eduardo Carbel en entrevista con el autor).

Finalmente, las autoridades deciden retirar el examen y el conflicto se cierra con una importante victoria de los universitarios. Por primera vez la movilización estudiantil lograba torcer una política de la dictadura.

En cuanto a los GRS, durante aquella coyuntura alcanzaron una destacada inserción en varias facultades y escuelas: “Teníamos gente en Arte, Ciencias Químicas, Psicología, Arquitectura, Historia, Ingeniería, Filosofía, Derecho y Medicina” (Carlos Ahrensburg en entrevista con el autor). Sin embargo, la agrupación comenzaba a debilitarse, ya que el auge de los sindicatos clasistas profundizó el cambio de eje de la militancia, que fue desplazándose cada vez más hacia las fábricas, quitando cuadros de la universidad de manera progresiva.

El clasismo potenciará el proyecto político socialista del grupo, que a comienzos de la década de 1970 ya cuenta con una importante inserción en los sindicatos más radicalizados. Este estilo particular de sindicalismo, que proclama la acción directa como método de lucha y declara su enfrentamiento con el estado, el capitalismo y la burocracia, moldeando una nueva composición política, representa en ese momento una potente cuña para la izquierda socialista, ya que pliega a militantes y trabajadores detrás de un mismo proyecto revolucionario. Pero el fenómeno no perdura. La dictadura aplica una política de represión selectiva, amontonando cuadros y dirigentes en las cárceles. Y al mismo tiempo, ya con

⁸ Una escisión del PRT El Combatiente, que rompió con el grupo de Mario Roberto Santucho luego de las resoluciones del V Congreso.

Alejandro Lanusse en el poder, llama a paritarias sin tope salarial y lanza el Gran Acuerdo Nacional: una propuesta de consenso que anunciaba el final del régimen y la convocatoria a elecciones. El viraje inteligente de Lanusse descomprime la presión social, aislando a los sectores radicalizados. Estos, envalentonados por las recientes experiencias del Cordobazo y el Viborazo, lanzan la consigna “ni golpe ni elección, revolución”, y se precipitan al fracaso. Quienes integraron los GRS consideran que se equivocaron al interpretar que las elecciones y el posible retorno de Perón interrumpían la coyuntura abierta por las puebladas unos años antes: “Las elecciones de 1973 fueron una crisis porque nosotros planteábamos una estupidez política. Acá estaba Obregón Cano como candidato gobernador y nosotros hicimos voto programático” (Ángel Stival en entrevista con el autor).

El grupo logrará recomponerse de esa derrota recién en 1974 con la conformación de OCPO, que dará continuidad a varios aspectos de la línea de los GRS y El Obrero, manteniendo incluso algunos de los rasgos que ambas agrupaciones habían heredado del MLN. Pero la experiencia será más que efímera. La organización tendrá su apogeo durante las Coordinadoras de Gremios en Lucha, en 1975, ocasión en la que se convirtió en el tercer destacamento revolucionario, detrás de Montoneros y el PRT-ERP, y unos pocos meses más tarde será prácticamente aniquilada por la represión militar.

3. Conclusiones

Entre 1966 y 1973 un sector importante del estudiantado cordobés abandonará las consignas reformistas para adherir a distintos proyectos de transformación integral de la sociedad. En este contexto, los GRS se definen como una organización no sectaria, no dogmática y dispuesta a repensar el vínculo entre izquierda y peronismo. En un primer momento el grupo se desempeña en la universidad y poco a poco irá volcando su militancia al movimiento obrero, lo que debilitará su posición en el estudiantado a comienzos de la década de 1970. Como organización, adhieren a un proyecto de revolución socialista y consideran que el camino hacia el cambio social es ineludiblemente violento, pero rechazan los planteos militaristas que caracterizan a otros grupos y tienden a considerar a la lucha armada como una táctica dentro de una estrategia que dispone de otras tantas y no privilegia ninguna, sino que va definiendo las formas de acción de acuerdo a lo que dicta la coyuntura.

El surgimiento del sindicalismo clasista potenciará la propuesta del grupo, abriendo una puerta a la confluencia de la organización con el movimiento obrero detrás de un mismo proyecto político. Sin embargo, sufrirán una dura derrota al plantear el voto repudio durante las elecciones de 1973, desconfiados de las posibilidades de profundizar dicho proyecto con el retorno del peronismo a la presidencia. Lograrán recomponerse tras un intenso período

de reflexión y debate que culmina con la confluencia de los GRS y El Obrero en la Organización Comunista Poder Obrero.

Este período no puede comprenderse fuera del marco de acontecimientos que acompañaron la radicalización política de un importante sector de la sociedad argentina. Dicho proceso encontró en los estudiantes un actor protagónico, que consideró a las universidades como plataformas de acción desde las cuales se podía contribuir al cambio social.

4. Bibliografía

- Blanco, Cecilia y Tortti, María Cristina 2007 (2007) “Los socialistas en el movimiento universitario tras la caída del peronismo”, en Bonavena, Pablo; Califa, Juan Sebastián y Millán, Mariano (comps.) El movimiento estudiantil argentino, historias con presente (Buenos Aires: Ediciones Cooperativas).

- Bonavena, Pablo 2012 “¿Centros de estudiantes o cuerpos de delegados? La génesis del ‘doble poder’ estudiantil en Buenos Aires durante la década del ‘70”, IV Jornadas de Estudio y Reflexión sobre el Movimiento Estudiantil Argentino y Latinoamericano, ciudad de Luján, 6 y 7 de septiembre.

- Bonavena, Pablo y Millán, Mariano 2012 “El movimiento estudiantil en la actualidad argentina: una aproximación socio histórica”, en Observatorio Social de América Latina (Buenos Aires) año 13, N° 31.

- Califa, Juan Sebastián 2007 (2007) “El movimiento estudiantil en la UBA entre 1955 y 1976. Un estado de la cuestión y algunos elementos para su estudio”, en Bonavena, Pablo; Califa, Juan Sebastián y Millán, Mariano (comps), El movimiento estudiantil argentino, historias con presente (Buenos Aires: Ediciones Cooperativas).

-Crespo, Horacio y Alzogaray, Dardo 1994 (1994) “Los estudiantes del Mayo cordobés”, en Estudios (Córdoba) N 4°.

- Delich, Francisco 1994 (1970) Crisis y protesta social, Córdoba 1969 (Córdoba: Fundación de la Universidad Nacional de Córdoba).

- De Ritz, Liliana 2000 (2000) La política en suspenso 1966/1976 (Buenos Aires: Paidós).

- Gordillo, Mónica 2013 (2013) “La revolución en la universidad”, en Servetto, Alicia y Saur, Daniel (comps.) Cuatrocientos años de historia, Tomo II (Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba).

- Castro, Dardo e Iturburu, Juan 2005 “Organización Comunista Poder Obrero”, en Lucha Armada (Buenos Aires), año 1 N° 1, Buenos Aires.

- Krotsch, Pedro 2002 “Los universitarios como actores de reformas en América Latina: ¿han muerto los movimientos estudiantiles?”, en Espacios en Blanco, serie indagaciones (Buenos Aires) N° 12.
- Obra Colectiva 2009 (2009) Organización Comunista Poder Obrero: una aproximación al socialismo revolucionario (Buenos Aires: Ediciones A Vencer).
- Ollier, María Matilde 1998 (1998) La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria (Buenos Aires: Ariel).
- Pacheco, Julieta 2010 “El Movimiento de Liberación Nacional y la discusión sobre la estrategia armada en la Argentina (1960-1969)”, en Izquierdas (Chile), año 3, N°6.
- Ponza, Pablo 2010 (2010) Intelectuales y violencia política 1955-1973 (Córdoba: Babel).
- Tarrow, Sidney 1998 (1994) El poder en movimiento (Madrid: Alianza).
- Tortti, María Cristina 1999 “Izquierda y ‘nueva izquierda’ en la Argentina. El caso del Partido Comunista”, en Sociohistórica (La Plata) N° 6.

4.1 Tesis Consultadas

- Mohaded, Ana 2009 “Memorias de los Setenta, la propuesta teórica, política y organizativa de la Organización Comunista Poder Obrero”, presentada y aprobada en el marco de la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Catamarca.

4.2 Entrevistas realizadas por el autor

- Ahrensburg, Carlos, militante de los GRS, julio de 2013.
- Carbel, Eduardo, militante de los GRS, julio de 2013.
- Stival, Ángel, militante de los AUL y GRS, julio de 2013.
- Vilte, Laura, militante de los GRS, julio de 2013.